del hombre privilegiado que las posee.... Por esto ya Escobedo no ecsiste entre nosotros.

¡Jóvenes alumnos de la escuela de medicina, llorad á vuestro padre!

¡Sábios profesores, honrad las cenizas de vuestro compañero!

¡Ilustre colegio, que amo tiernamente cual reconocido hijo; tú, que entre tus glorias has tenido la nueva de escribir en tus fastos otro nombre de honor que ya te pertenece, perpetúa su memoria!

El Sr. D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle, por la Academia de San Carlos.

¡Cuán esacta imágen de nuestra frágil vida nos presenta el rastro fugaz que deja en las aguas estancadas el vuelo rastrero del Avion!.... ¡Qué sima tan inmensa la que divide los vivos de los muertos!.... ¡Qué impotente es la mano de la filosofia para calmarla, y para restañar la sangre de las heridas que abre la muerte en nuestros corazones!.... Tú sola, sí, tú sola, religion santísima, descendiendo del seno del Eterno para enjugar el llanto con que el dolor anubla nuestros ojos, los haces ver la ligacion y puntos de contacto del tiempo y de la eternidad; y enseñándonos que el justo nunca muere, que nos ve, nos ama y solo está interpuesto entre él y nosotros un velo, tupidísimo, sí, para los ojos de la carne; pero muy trasparente para los de la fé, cicatrizas nuestras llagas con el bálsamo de la consolacion.

Sí, compañeros mios en el pesar, nuestro muy caro amigo el Sr. D. Pedro Escobedo, cuyos restos mor-

tales acabamos de entregar en depósito al santuario, está aquí, en medio de nosotros, en este teatro respetable que riegan siempre los sudores del sábio, y hoy las lágrimas de la amistad. Su alma noble, revestida de luz y cortejada de espíritus angélicos, reside en este templo que hemos erigido á la melancolía; y aunque agradecida y amorosa, desaprueba hasta cierto punto, los escesos á que nos pudiera conducir el dolor. Suspendamos, pues, un poco los tristes suspiros con que hemos puesto en agitacion pavorosa las pálidas luces del santuario, para dar lugar á las reflecsiones religiosas.

¿Por qué agrupados en derredor de la tumba de nuestro buen amigo, turbamos con gemidos el dulcísimo reposo de que gozan sus manes? Quédese el dolor inconsolable para las muertes de los que en ellas pierden todo el bien que prefirieron insensatos; pero el justo, el sábio, el beneficentísimo Escobedo ¿qué ha perdido de lo que apeteció? ¿Qué ha dejado sino lo que amargaba su ecsistencia? Nunca amó mas que la verdad, y ambicionándola afanoso, gemia en la dura necesidad de buscarla vanamente por entre sombras y tropezando con horrores: hoy la ve de hito en hito; ya para él no tienen secretos ni la naturaleza ni el Criador; y su alma se abisma en el indecible deleite del saber.

Amaba la virtud, y suspiraba inconsolable viéndola siempre perseguida, subyugada y remedada por el vicio: hoy en el seno de la divinidad, goza de toda su hermosura; ve el por qué de esa persecucion; los realces de pureza que el Soberano Artífice le da en

ese crisol, y el cuándo ha de romperlo. Ansiaba inesplicablemente por la felicidad de su patria, por el alivio de los menesterosos, por arrancar víctimas de manos de la insaciable muerte, y se afligia al ver que sus esfuerzos y recursos se quedaban tan atras de sus deseos: hoy, amigo íntimo del poder infinito, desea y consigue, pide y es escuchado en el momento. Sacudió ya la dura ley de los miembros, contra la que luchaba tanto su rectísimo espíritu. Se despojó de la corteza de carne mortal; de ese cuerpo agobiado de tantas vigilias y trabajos, atormentado de enfermedades y dolores; pero por muy pocos instantes, y para volverlo á tomar cuando, á la voz del ancángel, se le devuelva trasformado en luz y en inmortalidad. ¿Qué es, pues, lo que ha perdido, ó por mejor decir, qué es lo que no ha logrado? Y siendo así, ¿por qué enturbiamos el dia purísimo de su triunfo, en que son coronadas todas sus virtudes, con los vapores de nuestro amargo llanto?

Es verdad que, si él nada ha perdido, la patria, la humanidad, las ciencias, las artes y nosotros, podria decirse que lo perdimos todo. Pero reflecsionemos que si él se ocultó de nuestra vista, nosotros no estamos escondidos á la suya; vive el amor que nos tenia, ve nuestras necesidades, y hoy tiene mas poder para remediarlas. Ya no lo verá la patria correr sudoroso, en pos de algun remedio para envejecidos males públicos; pero sentirá la eficacia de sus ruegos; pero el poder de sus ejemplos y el esplendor de sus acciones, la proporcionarán otros buenos hijos que trabajarán por imitarlo. No lo veremos mas velar

en el estudio y en la meditacion, ó al lado de la doliente humanidad, procurando (muchas veces sin fruto), arrancar á la naturaleza los secretos que guarda avaramente, y á la muerte las víctimas que sacrifica despiadada; pero de lo que él supo y enseñó, se aprovecharán muchos; el lustre de su saber y beneficencia sostendrá á otros en esa penosísima carrera; su gloria estimulará á todos, y los necesitados y pacientes, continuarán recibiendo socorros de él, aunque por medio de otras manos.

Y nosotros, amigos que amó tanto, ¿cómo reemplazaremos esta pérdida? ¿Quién nos consolará en nuestras penas? ¿Con quién dividiremos nuestros gozos?.... ¡Ah! No demos lugar en nuestros ojos á las lágrimas del amor propio que siempre tienen un no sé qué de vergonzoso; sea nuestra amistad tan pura como lo era la suya; él sigue con nosotros, él lo hizo todo por nosotros, y todo lo ha dejado para nosotros: sus preciosos restos para nuestra veneracion, y á fin de que se los devolvamos impasibles; su beneficencia, sus virtudes, su patriotismo, sus afanes científicos, su deseo por el lustre de las artes, para que jamas las olvidemos, y procurando imitarlo, seamos dignos de hacerle compañía.

Vive Escobedo, amigos mios, y vivirá mientras haya un resto de gratitud y de amor á lo grande, en los corazones mexicanos. En esta firme persuasion las Bellas Artes, de las que en este dia soy torpe intérprete, se afanan por eternizar la memoria de su decidido, amantísimo benefactor; pero dejando para adornar los sepulcros de los que verdaderamente mue-

ren, las estatuas lagrimosas, y los cipreses fúnebres, de móviles y pavorosas sombras y de medrosos ruidos, adornarán el túmulo glorioso de Escobedo con hermosos grupos, que representen, en variadas actitudes de amor y gratitud, el crecidísimo número de los que ilustró con su saber, sanó con su eficacia, socorrió su liberalidad, consoló en sus desgracias, y estimuló con su ejemplo á ser patriotas y virtuosos. En vez de esos árboles y plantas melancólicas, colocarán las artes en torno de la tumba, en esquisitos vasos etruscos, frondosos árboles cargados de sazonados frutos, símbolo de ser la madurez perfecta el principio de la disolucion para revestirse de otra forma mejor; colocarán ramilletes de hermosísimas flores, para denotar que aunque su duracion es corta, y se marchitan y deshojan, ya dejan el ambiente embalsamado, y sobrevive á ellas su fragancia.

Sí, compañeros mios, este será el sistema de trabajos fúnebres de las agradecidas nobles artes; tales serán los pensamientos que sensibilicen en lienzos, en mármoles y en bronces. Imitémoslas; desahoguemos así nuestro dolor; consolémonos de esta manera noble. Y tú, alma santa, digno objeto de nuestros cariños, deseos y ardientes lágrimas, descansa en paz en el seno de la Divinidad, que tanto te privilegió: disfruta eternamente lo que te merecieron tus afanes; y ruega sin cesar por tu patria y tus fieles amigos.— *Dije.*

El Sr. D. Ignacio Duran por la Compañía Lancasteriana.

Señores: Un deseo, un pensamiento nos ha reunido aquí en este dia: pensamiento de luto y de tristeza, deseo ferviente de aliviarla lamentando, ya que no podemos reparar la pérdida de un amigo virtuoso, de un profesor esclarecido, de tributarle públicas alabanzas, y de honrar con dulce llanto su memoria.

Y ¿quién será tan insensible que en este acto solemne no esperimente emociones tiernas á la vez que vivas y profundas? ¿Qué mexicano habrá, amante de los hombres y de las ciencias, á quien contemplando el sepulcro de Escobedo, no palpite el corazon con fuerza, y se levante en su pecho un sentimiento de inesplicable melancolía?

El ciudadano ilustrado y modesto, cuyos principios filosóficos eran la humanidad, la tolerancia, la beneficencia; el que pensaba que no se debe desesperar jamas del género humano, fuerza es que interese á sus contemporáneos, fuerza es que interese á la posteridad.

Pues tales eran, bien lo sabeis, señores, las prendas mas relevantes de Escobedo, de uno de los dignos colaboradores que hoy deplora la Sociedad lancasteriana, mezclando sus lágrimas al llanto general y haciendo público su dolor.

Grande es el que me oprime por la pérdida de tan insigne amigo; pero la honrosa comision que desempeño, mas bien que aumentar este pesar profundo, derrama en mi alma un bálsamo calmante y consola-

dor. Sí, yo recuerdo en este momento todas sus bondades, todos sus afectos, y especialmente uno que era en él superior á los demas: aquella inclinacion que llenaba su alma y la dominaba, aquella pasion decidida hácia la juventud aplicada y empeñosa. Su poder y sus bienes eran para ella un comun y público recurso, y se habia impuesto como un deber ilustrarla con sus consejos, animándola con su ejemplo á las empresas mas árduas de la ciencia. ¡Ah! ella le paga tan noble afecto: le mira como á su angel de consolacion; y ya que no le es dado recoger de su boca, yerta y sin vida, las doctrinas y mácsimas saludables que le comunicaba, rodea la tumba del adorado maestro y la riega de flores y de llanto. ¡Dichoso aquel que ha sabido merecer tan puras, tan inestimables ofrendas!....

Sí, ¡mi amado condiscípulo, mi amigo caro! Tú has bajado al sepulcro, llorado de todos, de todos sentido: tú nos dejas consignado tu nombre como una palabra mágica de union y de fraternidad. Recibe esta memoria que te consagra mi ternura. Has desaparecido de entre nosotros; pero habitas en la mansion de los justos, porque eras bueno, porque eras piadoso. Vela desde allá sobre esta beneficiosa Compañía para que continúe, como hasta aquí, prestando á la patria el mayor servicio que se le puede hacer, sacar á los hombres de la ignorancia, fuente copiosa de desastres y causa principal de todos sus males. Y si alguna vez nos miras lánguidos ó en riesgo de ser presa del desaliento, haz entonces que se presente á nosotros tu cara sombra y nos dé nuevas fuerzas, nuevo valor. Un recuerdo de tu constancia hará re-

vivir entre nosotros el estímulo, y se llenarán los ardientes votos en que rebosaba tu corazon siempre anheloso por la educacion de la juventud mexicana. —*D.*

El Sr. Jimenez por la Academia de Medicina.

La Academia de medicina de México, á cuyo nombre tomo la voz, viene á pagar junto al sepulcro mismo de su socio y fundador ilustre, un débil tributo de gratitud á su memoria, y de respeto y admiracion á sus virtudes.

A nombre de la ciencia y de la humanidad, viene á llorar la pérdida de su mejor amigo, y á poner sobre sus cenizas la corona envidiable con que premian al hombre sabio y benéfico, al promovedor infatigable de la ilustracion y alivio de sus semejantes.

Sea ofrenda grata á su memoria el voto de ternura y veneracion de sus amigos, y el llanto de bendicion y reconocimiento de sus numeresos discípulos y beneficiados.... Sea el nombre de Escobedo, la voz de aliento y de entusiasmo para llevar adelante la obra generosa de caridad y filantropía.... Cubra su sombra protectora los establecimientos de instruccion y beneficencia pública, donde se encuentran monumentos eternos de su gloria!—*Dije.*

El Sr. Lacunza, por la Academia de Literatura de San Juan de Letrán.

Los hombres que obtienen el poder, no necesitan otra cosa para adquirir gloria, que cumplir con los de-

1020006115

beres á que los ha destinado la Providencia; pero para elevarse desde la oscuridad de una profesion científica hasta el puesto en que se obtienen los aplausos y una memoria póstuma, es necesario un alto mérito personal, que no se pierda en el mérito ordinario de los compañeros. Y tal fué el del hombre cuyo funeral hemos tenido el dolor de presenciar.

En los primeros dias de su vida, su posicion no le anunciaba su destino: creyó sin duda, que al abrazar una profesion que presentaba, entonces, cerrados todos los caminos de progreso en que la sociedad abandonaba á los jóvenes á sí mismos, no hacia otra cosa que buscar el premio de la virtud desvalida, pan por su trabajo; mas en el alma de Escobedo habia un poder mayor; un poder de vivificacion, de creacion, que debia animar todo cuanto tocase.

No era esta la energía que subyugaba al mundo material, sino ese poder mas noble, que despierta las facultades intelectuales y morales; que comunica nuevos impulsos á la sociedad, pone en circulacion pensamientos nuevos y benéficos que triunfan al fin de los desprecios, de las contradicciones y de los obstáculos con la fuerza suave, pero irresistible de la verdad. El progreso de la ciencia médica era la idea fija de Escobedo; perfeccionar el entendimiento é inspirar á los hombres ese amor de saber que debia alguna vez conducirles á la mayor altura en los conocimientos, este era su grande objeto.

El voto público le llamó diversas veces á representar á la nacion: el respeto de sus conciudadanos no habia podido rehusarse al hombre que mostraba tan-

to entusiasmo por el bien; pero la gloria de la tribuna se oscurece ante la del profesor: esta era la corona brillante del hombre: desde la humilde choza donde prestaba socorros generosos al desvalido, pasaba á los salones de los grandes, no á pedir cosa alguna para sí, sino á consolarles en sus dolores y á propagar ese pensamiento, que cree su hijo, el Colegio de medicina. Allí era donde, apoyado en el influjo, consecuencia del bien que les dispensaba, ejercia todo ese poder de persuasion: no el poder que tiene por objeto subyugar á sus semejantes y limitar sus facultades; al contrario, el que procura ampliar éstas, y aumentar el saber, el bien y la libertad.

Dios escuchó sus votos: la ciencia obtuvo al fin una habitacion en México y una promesa de recursos, porque no pueden llamarse de otro modo las asignaciones que se le hicieron: la idea benéfica de Escobedo habia encontrado, en muchos de sus compañeros de profesion, dignos colaboradores, y ellos consagraron su tiempo y sus talentos, su única riqueza, al colegio en que pensaban educar á la juventud de un modo que á ellos mismos no se habia educado. Y se consagraron á esta empresa como se consagran las almas grandes, para hacer bien sin retribucion. Yo miro en este lugar á algunos de ellos; no pronunciaré sus nombres: la luz de la gloria brilla, mas entre la oscuridad de las tumbas, que sobre la frente de los vivos; pero la pompa de hoy es para ellos una promesa de inmortalidad.

Su nombre se unirá al de Escobedo, y este vivirá. El pensamiento del bien del hombre oscuro, pue-

de vivir cuando los tronos han caido, y cuando la memoria de los que los ocupaban se ha perdido ya en el olvido, y puede iluminar á las generaciones futuras, y beneficiarlas. Acabamos de sepultar el cadáver de Escobedo; pero ese cuerpo no es el hombre: la mejor parte de él, su pensamiento, su gloria, son el Colegio de medicina, y ese, "lo espero por el adelanto de la ciencia, por el honor de México, y por el bien de la humanidad," no se sepultará jamas.

El Sr. Lic. Lafragua por el Ateneo mexicano.

Señores: Un deber santo nos reune hoy al rededor de la tumba de D. Pedro Escobedo; porque sobrado tiempo se ha desconocido el mérito real entre nosotros, y es ya indispensable dar una prueba auténtica de que el talento y la virtud sobreviven á la muerte. Los hombres que por esas cualidades se han hecho acreedores á la estimacion pública, han bajado al sepulcro sin otros homenages que las lágrimas de sus deudos y amigos, derramadas en secreto, y como huyendo de que la sociedad las viese correr, y fulminase un anatema contra los justos apreciadores de las bellezas del alma y del corazon. ¡Anéguense unos en interesado llanto por el rico; vístanse otros de forzado luto por el magnate: ni la riqueza ni el poder arrancarán un *¡ay!* sincero; porque ese llanto y ese luto serán mentidos; porque el dolor no se manda!....

¡Cuán diferente es, empero, el espectáculo que hoy

ofrecemos á la república! D. Pedro Escobedo era nuestro amigo: nuestras lágrimas vienen, pues, del corazon. Era un sábio: la justicia dicta nuestras palabras. Era un hombre de bien: la sociedad toma parte en nuestra pena y se honra con el tributo de nuestra gratitud.

Un corazon tierno y cariñoso, un carácter franco y leal, un afecto constante y sincero; hé aquí las principales cualidades de nuestro amigo; cualidades que en este siglo calculador y sin fé deben ser tanto mas preciadas, cuanto son mas raras. Talento positivo, juicio recto y profundo, instruccion sólida, variada y estensa; crítica severa, inteligencia y maestría en el ejercicio de su profesion; tales eran las dotes del sábio. Actividad en los negocios, circunspeccion en su modo de obrar, tolerancia de las opiniones y errores de los demas, y caridad y beneficencia, eran las virtudes del hombre, que en el hogar doméstico, en la escuela del saber, y en el lecho del moribundo, cumplia fielmente los deberes de buen ciudadano. Cualquiera de estos títulos basta por sí solo, para fundar una reputacion honrosa. ¡Cuál debe ser la de D. Pedro Escobedo, que los reunió todos!

La historia imparcial juzgará al hombre público; pero ni ella ni nosotros podemos, sin injusticia, desconocer en él, patriotismo desinteresado, pureza de intencion, amor á la libertad, moderacion y cordura. Los principios democráticos de nuestro siglo eran su símbolo; y quizá, como ya se ha dicho, el sentimiento de las desgracias de la nacion, y la lucha entre sus deseos y las dificultades producidas por circunstan-

cias que solo él podia valorar, contribuyeron muy eficazmente á acelerar la dolorosa catástrofe que lamentamos.

Amante apasionado de las ciencias y de las artes, desplegaba la actividad de su génio para franquear todas las avenidas de adelantos, y derramar los conocimientos útiles, bases únicas é indestructibles del progreso y de la libertad. Testigo el Colegio de medicina, objeto de sus mas tiernos cuidados y de sus mas nobles desvelos, cuyos cimientos puso, para depositar en él un gérmen de sabiduría, que fecundado incesantemente por sus lecciones, ha producido ya sazonados frutos. En ese plantel cosechará todos los años nuestra sociedad nuevos bienes, y clavará siempre en él la humanidad afligida una mirada de esperanza y de salud.

No habia proyecto de utilidad pública en que D. Pedro Escobedo no tomara parte; no habia una asociacion de beneficencia que no le numerase entre sus protectores. Díganlo, si no, los establecimientos á que pertenecia, y que han venido á esta fúnebre y solemne reunion, no para llenar las convenciones del uso, sino para cumplir las prescripciones del deber. El Ateneo mexicano, á quien tengo la no merecida honra de representar, satisface con la tristeza de la orfandad una deuda de gratitud, y desempeña á la vez una obligacion de justicia, bendiciendo la memoria de uno de sus mas dignos socios, al cual en su nombre vengo á dar el último adios, colocando una flor en su sepulcro, y regando sus tibias cenizas con una lágrima de amistad.

Una noche serena, en que en medio de la magestad de las tinieblas se descorre el magnífico velo tejido por la mano del Criador, derramándose mil estrellas por la inmensa estension del firmamento, es mas grata al corazon y produce mas dulces sensaciones, que un dia brillante, en que el sol de estío parece desplomarse sobre el mundo. ¿Qué importa, pues, que D. Pedro Escobedo no haya gozado en vida, pudiendo, de las delicias del lujo y de la opulencia, si hoy es honrado con los mas inequívocos testimonios del aprecio universal? ¿Qué importa que su nombre no ocupe largas páginas de nuestros anales, si los pocos renglones que le consagre la historia no serán escritos con sangre, ni marcados con un sello de oprobio? ¿Qué importa que sus hechos no nos recuerden grandes proezas que admirar, si nos dejan nobles ejemplos que seguir? ¿Qué importa que no le llamemos génio, si le llamamos hombre de bien? ¿Qué importa que no le haya embriagado vivo la borrascosa gloria de la grandeza, si le vela muerto la apacible gloria de la virtud? ¿Qué importa, por último, que la mano de la adulacion no grabe en su tumba altos blasones ni fastuosos títulos, si la de la gratitud escribe en ella con lágrimas una plegaria al cielo y un recuerdo al mundo?

Grande es nuestra pérdida, señores; porque los hombres eminentemente buenos, son meteoros que aparecen no mas de tiempo en tiempo, para servirnos de faro en la carrera de la vida. Los honores que tributamos á D. Pedro Escobedo, son necesarios y ademas útiles, porque los homenages rendidos al virtuo-

so y al sábio, son el mejor incentivo del talento y de la virtud, que como todas las cualidades humanas, se debilitan y mueren por falta de estímulos. Así, esta fúnebre solemnidad no solo servirá de desahogo á nuestro dolor, sino que, como pública prenda de la justicia de la sociedad, probará á la actual generacion y á las que tras ella vengan, que ni el poder ni la riqueza son partes á conquistar la estima de la posteridad; y que, como dice D'Aguesseau, *el mérito verdadero es el solo bien que no se compra en el mundo; porque el público, siempre libre en su voto, da, pero nunca vende la gloria.*

El Sr. D. Aniceto Ortega, por los alumnos de Medicina.

Escmo. Sr.—Despues que en nombre de tantas ilustres corporaciones se han presentado algunos de sus miembros á manifestar sus sentimientos por la pérdida del Sr. D. Pedro Escobedo, me presento en nombre de los alumnos de la escuela de medicina, no á esponer en frases elegantes, un sentimiento bastante natural y conocido de vosotros para insistir demasiado sobre él, sino á tributarle un homenage público y respetuoso de reconocimiento, por los innumerables beneficios de que nos ha colmado; ojalá estuviese aún en estado de recibirle; creo que lo aceptaria con gusto, porque lleva por sello la sencillez y la sinceridad.—Mas ya vemos que esto es imposible, que no recibiremos de él ni una mirada de inteligencia, ni una sonrisa de aprobacion, y al considerar es-

to, una amargura intensa se derrama en nuestros corazones. Contemplad ahora este grupo de jóvenes que os cerca; en él no encontrareis sino jóvenes sin apoyo, que lloran á su protector; jóvenes ávidos de conocimientos, que en vano ya los esperan del que con madura esperiencia y tan cariñosamente se los comunicaba; y á jóvenes, en fin, que si leyéreis en su corazon, solo podriais comparar su dolor con el que se esperimenta por la pérdida de un padre; pero, padre tierno, afectuoso, y al que se veia gozar en los progresos de su familia médica, prodigándole incesantemente el fruto de sus tareas y conocimientos científicos; por la cual se sacrificó con todos sus haberes, en la que deliraba aun antes de su formacion, y en cuyo seno lo vimos descansar tranquilamente, hasta que la mano de la fatalidad vino á arrancarle.... Entonces se encontró en un lugar donde no respiraba la grata brisa del estudio de las ciencias, para las que el Señor lo habia destinado, sino los vientos tempestuosos y abrasadores de las pasiones políticas que lo marchitaron rápidamente; y cuando en este estado quiso volver á su querida ciencia, ya no veia como antes la máquina del hombre perfecta y pura, sino alterada y corrompida.... Cuando muere un padre, el mayor testimonio de amor que pueden darle sus hijos, consiste en conformarse plenamente con sus voluntades, en seguir fielmente sus consejos, en practicar las lecciones de virtud que les ha dado, y en tener una conducta que sea aprobada por él desde el cielo.

Nosotros, pues, creemos no poder mostrar mejor